

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (C)
Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
27 de diciembre de 2015
1Sam1, 20-22.24-28 / 1 Jn 3, 1-2.231-24 / Lc 2, 41-52

El domingo siguiente a Navidad celebramos la fiesta de la Sagrada Familia. Entre nosotros, estos días de Navidad son muy familiares, nos juntamos con hermanos, cuñados, padres, sobrinos y todos los que, a veces, se nos hace difícil ver por el ajetreo de la vida. Es una maravilla cuando las familias se reúnen, y un desastre cuando hay conflictos.

Las páginas evangélicas nos hablan muy poco de las vicisitudes y características de la Sagrada Familia. Pero nos ha llegado lo elemental: que era un comunidad de amor, de fe y de vida. Y eso, en definitiva, es lo importante. Y es eso lo que la fiesta de hoy intenta trasladar a nuestras respectivas familias sometidas a tantas presiones y confusiones.

Jesús nace en el seno de una familia; es Hijo de Dios, pero también lo es verdaderamente de una Mujer, María. Los Evangelios dejan bien claro, tanto San Mateo como San Lucas, que Jesús no es un personaje que aparece como si fuera un extraterrestre caído del cielo. Tiene un origen eterno porque fue eternamente engendrado por el Padre, pero también tiene un origen humano, porque nació de la Virgen María. Dios tampoco quiso prescindir de un padre en la tierra, y nos encontramos con San José.

Cada uno de nosotros ha entrado en el mundo a través de una familia. En ella somos acogidos y descubrimos, ya de entrada, que no existimos por casualidad. Hay alguien que me estaba esperando. En cada nuevo nacimiento se repite esta historia maravillosa de amor. En nuestra época, profundamente desesperanzada, se está perdiendo este hecho tan maravilloso. Cada nueva vida es un misterio de gratuidad al que se responde con agradecimiento y amor. Jesús, al nacer en una familia, nos recuerda este hecho y muestra el hogar como un centro de santidad.

Jesús, María y José van al templo. A través de la familia Jesús entra en las tradiciones y en la historia de su pueblo. No tenían por qué hacerlo, ya que Jesús es Dios y la ley de Moisés no podía obligarlo. Pero aún así, Él quiso sujetarse a las normas e insertarse en el pueblo al que pertenecía su familia. Así, fue conocido como el hijo de José y como el hijo de María.

Muchos de nosotros será en la familia donde aprendimos a conocer y a tratar a Dios. El descubrir a los padres, después de la crisis de la adolescencia, es algo maravilloso. Muchas veces, cuando los jóvenes deciden casarse y marcharse de casa, es cuando descubren la grandeza del padre y de la madre. Se pasa de la admiración infantil a la admiración madura. Se dan cuenta de que los padres no son como propietarios de su vida, sino que la alegría del padre es que el hijo crezca y se espabile por su cuenta. Y entonces es cuando vas descubriendo la cantidad de recursos que tus padres han ido sembrando en ti, y comienza el agradecimiento. Dado que la familia es de las cosas mejores que tenemos, hay quien se empeñan en llamar familia a cualquier unión.

La liturgia de hoy nos invita a dar un vistazo esperanzado a la familia de Nazaret. La miramos para aprender de ella, pero también para invocar su protección sobre el matrimonio, la educación de los niños, la defensa de la familia... Que la Virgen y San José bendigan hoy especialmente cada uno de vuestros hogares.